

ENTREVISTA

Biografía sobre el Fundador del Opus Dei

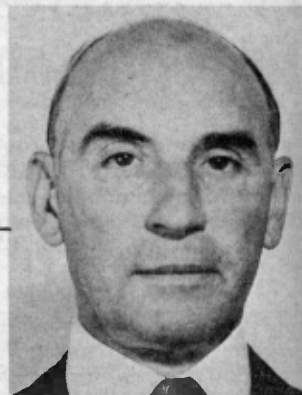
Andrés Vázquez de Prada ha publicado ya en Palabra, en junio de 1976, un breve ensayo titulado «La concepción cristiana de la cultura», con motivo del primer aniversario del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer. También ha escrito una espléndida biografía de Sto. Tomás Moro, Canciller de Inglaterra en tiempos del rey Enrique VIII. Sin embargo, la mayor parte de sus publicaciones tienen un carácter profesional. Por ejemplo, su tesis jurídica sobre los Gobiernos «de facto» (tema de Derecho Internacional); o sus trabajos literario-sociológicos, como el ensayo «Sobre la amis-

tad» o «El sueño de Geroncio», que es traducción de un poema de Newman, y que va acompañado de un estudio sobre la muerte y el más allá; o su libro «El sentido del humor», que se utiliza por muchos alumnos franceses, en algunas de sus páginas, para estudiar español (está recogido en las cassettes de los cursos de la editora Hachette); etc.

Ahora está ya a punto de aparecer en las librerías su biografía sobre Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei. ■ F.F.C.

Responde: Andrés VAZQUEZ DE PRADA

Escritor



—¿Cómo se le ocurrió escribir un libro sobre Mons. Escrivá de Balaguer?

—Mire usted, los libros a veces se le ocurren a uno, y a veces no. Quiero decir, que hay ocasiones en que uno termina haciendo o publicando un libro, que, a la hora de ponerse a escribir, jamás soñó que llegara a constituir un volumen encuadernado y con índices. Ya habrá oído hablar de las musas y de la inspiración, que es una manera de explicar lo inexplicable.

Pero hablando en serio, tal vez exista un germen del libro cuando a las pocas semanas de fallecer el Fundador del Opus Dei, con fama de santidad, me vino a la cabeza el recoger recuerdos o anécdotas de su paso por la tierra; y, meses más tarde, empecé, despacio, a escribir algunas páginas. Pero con intención muy distinta a la de escribir una biografía.

—¿Qué entiende Ud. por una biografía?

—Pienso que una biografía perfecta es una descripción histórica cabal de la vida de una persona, en el campo privado y en el público, en las potencias interiores y en la

expresión de su inteligencia y voluntad, desde que nace hasta que muere, sin desdeñar influjos familiares, sociales o de cualquier otro género. Es un «desideratum» que nunca se logra a satisfacción, porque es el «cónocete a tí mismo», pero aplicado a alguien distinto de nosotros mismos.

Para perfilar una biografía, pueden irse escribiendo notas, estudios, ensayos, recuerdos, testimonios, o como quiera llamárseles. Son necesarios, imprescindibles para el biógrafo, y facilitan enormemente su labor. Como se la facilita también el acceso a las fuentes históricas: la correspondencia, los escritos, los testimonios de primera mano, etc. En este aspecto, no podemos quejarnos, pues es mucho lo ya publicado en estos años. Por hacer un breve recuento: las obras del Fundador, escritos de Mons. Alvaro del Portillo, testimonios de muchos Cardenales y numerosísimos Obispos de la Iglesia, los escritos publicados en un reciente volumen de la Universidad de Navarra, el libro de Salvador Bernal, etc. Pero lo que propiamente se entiende por una biografía, no la hay. Dejamos también aparte el libro de

François Gondrand, editado en París, del que no se ha publicado todavía traducción castellana, y el de Peter Berglar, recientemente publicado en Alemania.

Un «camino divino»

—¿Ha encontrado algún dato sorprendente o llegado a conclusiones inesperadas al trabajar en esta biografía?

—Datos, hechos, y anécdotas maravillosas del Fundador del Opus Dei, en su sencillez y heroísmo, hay muchísimas; pero en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer todo está concatenado de modo tan natural, hay una fluidez tan continua y sincera en el cumplimiento de su misión, que parece que todo se ajusta a un guión previo escrito por la divina Providencia.

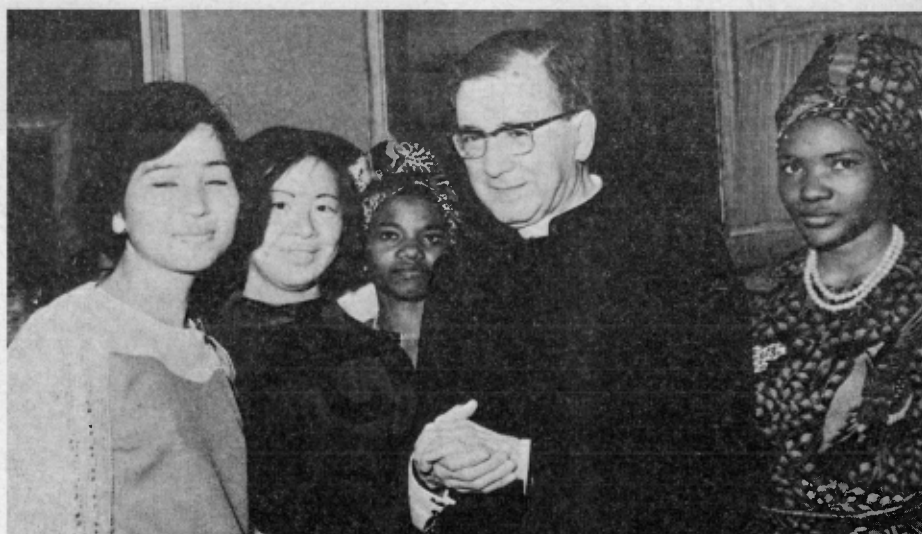
Hechos sobrenaturales, sobrecogedores, no faltan, pero yo he preferido no detenerme en ellos. Como lo que pretendo es dar una impresión fresca y certera de su vida, y como, por otra parte, el Fundador nunca

insistió en estos hechos, sino todo lo contrario, si me empeñase en el sensacionalismo, el lector sacaría una idea muy equivocada de su vida y de su conducta. Es claro que el Fundador del Opus Dei no se atrevía a negar que en su vida el Señor le envió locuciones, iluminaciones, gracias especialísimas, predicción de hechos futuros, y algunos otros sucesos milagrosos; pero como el camino a seguir según el espíritu del Opus Dei es un camino hacedero, accesible al fiel cristiano, corriente y moliente, porque tal fue el querer divino, el Fundador trataba de poner esas cosas en su sitio. Es decir, colocaba todo lo extraordinario, que recibía personalmente como Fundador, al margen de sus enseñanzas y ejemplo sobre el modo de andar ese «camino divino» por los demás hombres.

Por lo que a mí toca, el hecho sorprendente e insospechado es el haber dado remate a su biografía, porque no faltaron ocasiones en que me vinieron ganas de tirar la toalla y dar carpetazo al proyecto.

—¿Qué razones le movían a desistir en el empeño?

—Una muy sencilla, en primer lugar: porque con su lema «ocultarme y desaparecer», por su humildad, no quería que se airease su persona ni apareciesen ante el público las intimidades de su alma, con los favores que el Señor le concedió. Añadiré también otra opinión personal: cualquier escritor con un poco de sensibilidad histórica, aun gozando de un profundo conocimiento del personaje, posiblemente habría desistido de su



empeño. A poco instinto que tuviere, se sabría condenado al fracaso, es decir, a hacer algo insatisfactorio. Su figura pesa más que la pluma, por hábil que ésta sea. Los adjetivos no acertarían a describirlo; su fuerza innovadora es ardua de encerrar en conceptos; y su calor humano rebasaría el intento de estamparlo en letra impresa.

Adivino que está pensando lo del «médico, cúrate a ti mismo», y que sabiendo los argumentos, se pregunta por qué lo he intentado. La verdad, alguien tiene que ser el primero en echarse al ruedo. Porque los testimonios, las anécdotas, los recuerdos de quienes le conocieron perdurarán, pero el público de nuestros días tiene ganas y derecho a conocer su historia de conjunto, aunque no sea perfecta en su elaboración. Sería realmente una pena que perdiésemos el contexto ambiental e histórico en que se motivó, a través de la historia de España y la internacional, pasando por la vida eclesial española, los avatares de las guerras, las crisis de la Iglesia y del mundo contemporáneo, los cambios del Concilio, etc. Lo que se gana al sedimentarse las perspectivas históricas, con el paso del tiempo, se pierde en frescura de las vivencias cercanas.

Rasgos

—¿Cuál es el rasgo más destacado de la vida del Fundador del Opus Dei?

—El rasgo histórico distintivo de su vida —y por ello doy al libro el título de «El Fundador del Opus Dei»— es la tarea fundacional. Esa es la característica esencial de su vida, su cometido fundacional, teniendo en cuenta el increíble peso histórico que esto lleva consigo. Además, el Opus Dei, su anuncio y su predicación, se abre a toda la Humanidad, presente y futura, tiene entraña universal; por eso Mons. Escrivá de Balaguer podía decir que el 2 de octubre de 1928, fecha de la fundación, «se habían abierto los caminos divinos de la tierra».

Rasgos destacados, por comparación con

la vida ordinaria de los hombres, hay muchos; pero serían muy difíciles de señalar por enumeración de rango. Por ejemplo, su modo de vivir y entender la filiación divina, su sencillez de niño, su optimismo sobrenatural y humano, su respeto y su amor a la libertad, su desprendimiento, su alegría...

Pero hay un rasgo que aparece a lo largo de su existencia, y que trato de reflejar adecuadamente en la biografía. Me refiero a su «tozudez sobrenatural y humana». Como buen aragonés, se refería a sí mismo como «tozudo», pero no en el sentido de testarudo u obstinado. Su tozudez consistía en llevar la constancia, bajo el influjo de la gracia, hasta el límite, instigado por la gracia divina, y no dispuesto a ceder en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Humanamente, esa característica va enlazada con su laboriosidad y con su optimismo. Sobrenaturalmente, está guiada y mantenida por su perseverancia en la oración, que —como decía— es el «arma secreta del Opus Dei», y que era su único recurso para salir siempre del atolladero, porque dificultades y obstáculos los encontró siempre en su vida. Esa tozudez podría definirse como el empeño humano, encaminado por la gracia, para realizar la fundación, secundando la Voluntad divina. Y si me empuja, y por mucho que le sorprenda, yo calificaría esa tozudez también de «póstuma».

—¿Qué quiere decir con esa expresión?

—Sencillamente, que si el vulgo dice «rasgo y figura hasta la sepultura», del Fundador habría que decir: «rasgo y figura, hasta después de la sepultura». Me explicaré. Mons. Escrivá de Balaguer empleó todas las energías de su persona en realizar el Opus Dei. Esto suponía, principalmente, el fijar inequívocamente su espíritu. Lo cual logró plenamente. De tal modo, que lo dejaría no sólo ya grabado, sino *esculpido*, que era la palabra que usaba para el caso.

Con todo, hay una segunda cara de la cuestión, porque las fundaciones se realizan en medio de sociedades determinadas, con las que históricamente se corresponden y a

■ ■ ■
Por lo que a mí toca, el hecho sorprendente e insospechado es el haber dado remate a su biografía. Hubo ocasiones en que me vinieron ganas de tirar la toalla y dar carpetazo al proyecto.

■ ■ ■
El rasgo histórico distintivo de su vida —y por ello doy al libro el título de «El Fundador del Opus Dei»— es la tarea fundacional.

■ ■ ■
Hay un rasgo que aparece a lo largo de su existencia, y que trato de reflejar adecuadamente en la biografía. Me refiero a su «tozudez sobrenatural y humana».

las que tienen que acoplarse forzosamente. ¿Es concebible una institución que carezca de un instrumento de gobierno, que no disponga de un reglamento, que no haya de sujetarse a normas legislativas; en fin, que no se inserte en un ordenamiento social y jurídico? Como la Obra es parte de la Iglesia, como sus miembros son fieles corrientes de las distintas diócesis del mundo, y como el fin de la Obra es servir a la Iglesia, «como ella desea ser servida», Mons. Escrivá de Balaguer se encontró desde el principio con el problema de cómo encauzar su fundación dentro del ordenamiento jurídico de la Iglesia.

Esto no era una tarea fácil, porque no existía entonces la fórmula que constituyera solución adecuada al fenómeno laical (en sus aspectos ascético, pastoral, doctrinal y apostólico), implícito en el mensaje divino del 2 de octubre de 1928. Paso por alto las heroicas situaciones de los años iniciales, las incomprensiones, el no encontrar la fórmula precisa en el antiguo Código de Derecho Canónico, el comentario de un alto personaje de la Curia Romana, en el sentido de que la Obra «había llegado con un siglo de anticipación», etc. Las preocupaciones del Fundador en Roma le vinieron, a pesar de haber obtenido la aprobación pontificia definitiva, del vacío jurídico, del no encontrar un acomodo jurídico acorde con el carisma fundacional de la Obra, en la legislación de la Iglesia.

A pesar de que el Fundador tenía conocida y preparada de antemano la solución, no existía por esos años la posibilidad de plasmación jurídica. Y así, tuvo que esperar a que el Concilio Vaticano II y la legislación posterior abrieran el cauce a una nueva normativa. El desarrollo de los derechos y deberes del laicado, la figura de las prelaturas personales para la realización de peculiares tareas pastorales en la Iglesia, etc., dieron vías a la solución esperada. Por fin, se había creado el ropaje jurídico adecuado a la naturaleza del Opus Dei y a la condición de sus miembros, fieles corrientes del pueblo cristiano, y no religiosos o personas segregadas de la sociedad civil.

Todo esto, sobre lo que el espacio no me permite extenderme, constituye un largo proceso, un larguísimo «itinerario jurídico», en cuyo recorrido es donde realmente se muestra la tozudez del Fundador por salvar, íntegro e incólume, el bagaje que Dios le confió de partida en 1928. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer no lograría ver cumplido en vida aquello que tenía perfectamente dispuesto y preparado en su cabeza y en los documentos. Hasta el 28 de noviembre de 1982 no se llega al punto final de la historia. Con esa fecha queda erigido el Opus Dei como Prelatura personal. Ello en virtud de la Constitución Apostólica *Ut sit*, Bula pontificia que se ejecutaría en ceremonia solemne el 19 de marzo de 1983 en Roma. Y así resultó que el primer Prelado de la Prelatura soñada por el Fundador fue Mons. Alvaro del Portillo, su sucesor, que había trabajado junto a Mons. Escrivá de Balaguer durante cuarenta años. Ahora dígame si eso no es auténtica «tozudez póstuma y divina».

■ ■ ■
Mons. Escrivá de Balaguer se encontró desde el principio con el problema de cómo encauzar su fundación dentro del ordenamiento jurídico de la Iglesia.

■ ■ ■
Las preocupaciones del Fundador en Roma le vinieron, a pesar de haber obtenido la aprobación pontificia definitiva, del vacío jurídico, del no encontrar un acomodo jurídico acorde con el carisma fundacional de la Obra, en la legislación de la Iglesia.

■ ■ ■
Esos diez largos años de «barruntos», con su insistente repetir las jaculatorias: Domine, ut sit!; Domine ut videam!; Domina, ut sit!, desde 1918 a 1928, son una previa etapa de «disponibilidad» en manos de Dios.

Virtudes

— De las virtudes, ¿cuál es la más prominente?

— Pues le contestaré que me deja perplejo. Si me preguntase por el rasgo característico de su espíritu fundacional le respondería, con los escritos del Fundador en la mano, que es el sentimiento de la filiación divina, el abandono en manos de nuestro Padre Dios, el trato con el Señor por caminos de infancia espiritual.

Ahora bien, si, según creo entender, intenta sonsacarme el nombre de una virtud descolante y exclusiva del Fundador, le anuncio que ha dado en hueso. Porque estoy seguro de que no se dedicó en su vida a atrapar virtudes como quien caza mariposas para completar su caja de coleccionista. No le niego mi opinión de que vivió todas las virtudes en grado heroico. Y es que en la consecución de las virtudes se atenía al sople del Espíritu Santo. A las distintas

virtudes, catalogadas como teologales (fe, esperanza y caridad), y al cuádrinomio clásico de las virtudes morales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), agregaba todas aquellas otras que enaltecen la vida humana: por ejemplo, laboriosidad, castidad, orden, generosidad, humildad, desprendimiento de los bienes terrenos, lealtad, sinceridad, naturalidad, obediencia, paciencia, libertad, alegría, servicio, optimismo, etc. De tal modo buscaba la plenitud de la vida cristiana.

Lo característico, en cuanto a su modo de vivir las virtudes, era el que «para ser muy divinos, hay que ser muy humanos». Trataba de cultivar esas virtudes en el campo privado, en el familiar y en el social. Así también desarrollaba su vida intelectual y afectiva, de forma que desembocase en el trato filial con Dios y en el apostolado que todo hombre y mujer cristianos deben realizar en este mundo, a fin de completar la labor redentora de las almas.

— Una última pregunta, ¿hay alguna anécdota en su vida que le haya impresionado?

— Las hay abundantes, pero me detendré en un largo suceso que explica muchas cosas de su existencia. Entre otras, cómo mantiene su carácter con el correr de los años, cómo la gracia de Dios desarrolla en él las cualidades propias de su persona, y cómo el Señor escoge a sus predilectos desde toda la eternidad, dotándoles de los rasgos necesarios para que cumplan los designios de su Providencia. En el caso que nos ocupa se trata de la generosidad ilimitada de Mons. Escrivá de Balaguer.

Siendo un muchacho de dieciséis años, el Señor le deja *barruntar* una llamada, de cuyo contenido nada sabía en concreto. Es lo que denominaba una vocación no específica, como envuelta en nieblas. Sin embargo, se resuelve prontamente a secundarla; y para ello decide hacerse sacerdote. No porque se tratase de una vocación que se colmase en el sacerdocio, sino porque, en su generosidad, pensaba que así estaría mejor dispuesto a cumplir el contenido de aquella otra vocación que *barruntaba*, pero sin verla por ninguna parte.

Esta anécdota explica su manera de comportarse durante todos esos años de espera, en el seminario, y recién ordenado. Esos diez largos años de «barruntos», con su insistente repetir las jaculatorias: *Domine, ut sit!; Domine, ut videam!; Domina, ut sit!*, desde 1918 a 1928, son una previa etapa de «disponibilidad» en manos de Dios.

Lo asombroso —y aquí está el meollo de esta larga anécdota—, es su firme decisión a dar un paso sin vacilaciones, haciéndose sacerdote, con el simple intento de estar en disposición de facilitar ese algo ignoto que Dios le pediría en el futuro.

Con esta experiencia, es lógico que el Fundador dijese que *Dios no se deja ganar nunca en generosidad*, porque nunca pudo imaginarse que esos «barruntos» le llevarían a ser escogido entre los hombres de la historia para iniciar una obra divina de tal envergadura.

Este hecho, arrancado de su vida, nos aclara el temple espiritual y humano del Fundador del Opus Dei: antes de ser Fundador, y luego de serlo.